

pero cuando esos mismos van a San Antonio, a Houston, a Nueva Orleans, vuelven . . . maderistas. El mismo sentimiento impera en Cuba y en Costa-Rica con la misma uniformidad. La razón, la misma. De los de nuestra raza, sólo una excepción: los españoles. Declararse huerista en Costa-Rica o en Cuba es formar el vacío alrededor. Me figuro que lo mismo es en las demás repúblicas hermanas. Yo me encontraba en La Habana cuando desembarcaron la madre y la viuda del Mártir. Desde el muelle, por la larga calle del Obispo, hasta el Hotel Telégrafo, una inmensa muchedumbre de todas las clases sociales esperaba a los ilustres huéspedes. Las mujeres, de luto; los hombres, con la cabeza descubierta. Ninguna otra manifestación, ningún grito. Jamás he visto nada más conmovedor. Aquella grave y silenciosa protesta, aquella delicada manera de expresar simpatía, aquel recogimiento unánime y tan profundamente respetuoso, me partía el alma, me llenaba de gratitud . . . y de vergüenza. El gobierno mandó una delegación y puso chambelanes a la puerta del hotel, ordenando al propietario que no cobrase a la ilustre familia ninguna cuenta. Pasé frente a la estatua de Martí y sentí humedad en los ojos . . .

Pero quieto, señor corazón, que estoy trabajando. No tengo que decir más sobre este capítulo. Concluyo que mientras los mexicanos hagan revoluciones para arrancarse de la barbarie a que se les tiene sujetos, no bastará ninguna vigilancia para introducir contrabandos, impedir los negocios de río revuelto en la frontera y los robos de ganado en grande escala que indefectiblemente se producen y que por su conducta hacia Huerta, con el apoyo de la opinión sudista, Wilson tiene asegurada su reelección.

Antes de continuar, intercalo en seguida la opinión del sesudo "Post," recientemente publicada en interesantes artículos y que es muy compartida entre las clases intelectuales americanas. Según dicho periódico, que se distingue por su pacifismo, su anti-imperialismo

y su oposición a la violencia, ha pasado ya la oportunidad para una tregua entre los dos beligerantes mexicanos precisamente por lo que se invoca para pedirla: el haber durado ya tanto la contienda. "Las fuerzas —añade— que están en guerra en México, no pueden armonizarse. No se necesita ser partidario ofuscado de la causa constitucionalista para conocer que si México ha de tener un gobierno estable, ese gobierno ha de salir del parto doloroso de la Revolución. Allí no habrá paz si no se transfiere definitivamente el poder de la oligarquía que rigió el país bajo Díaz, a las clases que han estado, hasta ahora, sojuzgadas."

Y dice además: "La caída de Madero se debió en gran medida a que esa antigua clase directora (vulgar) se negó a admitir que había sido vencida; y como los sucesos lo han demostrado, no lo había sido completamente. Ahora se está desarrollando el proceso necesario para llegar a ese fin."

Punto de vista pan-americano. Nadie que esté un poco al corriente de la política yanqui, puede desconocer que, particularmente desde el gran yerro de Taft en Cuba y las últimas conmociones centro-americanas en que los intereses yanquis sufrieron grandes perjuicios, la política yanqui dirige todos sus esfuerzos a mantener la paz en el continente y a conquistarse la confianza y la simpatía de los latinos que hasta hoy no han podido verlos sin ojeriza.

La próxima conferencia pan-americana de Santiago de Chile, que será presidida por Bryan, pondrá el corolario a esta política iniciada por Taft y seguida por Wilson y Bryan con recta lógica y manifiesta buena fé. Mis impresiones sobre la política pan-americana de la Casa Blanca en otras páginas de estos apuntes, se refieren a dicha conferencia. ¿Cuál es el único medio para tener la paz en los países convulsivos? Para gobernar a un pueblo se invoca un "derecho divino" o un "deber humano". Un monarca ejerce o cree ejercer un "derecho". Un man-

datario del pueblo cumple con un "deber" que le ha sido impuesto por la voluntad de ese pueblo. Cuando Félix puso estas palabras en su programa: "Paz y Justicia" evidenció su ignorancia y su insolvencia intelectual. La paz consiste y así se ha definido en todos los tiempos, en el respeto al derecho ajeno. ¿Qué derecho combatía Félix? El derecho "del pueblo", pues Madero no usaba de un derecho al ocupar la presidencia, sino que ejercitaba un deber. Ahora bien, ¿qué derecho tenía el Señor don Félix Díaz para oponerse a la voluntad del pueblo? ¿Que Madero no podía dar la paz preconizada en el programa de don Félix? ¡Irrisón! Sin la existencia de don Félix, don Bernardo y don Pascual, el problema morelense se habría solucionado fácilmente. Hacer la guerra en nombre de la paz, es un colmo.

Más aún, ni el pueblo mexicano mismo, salvó el caso de alta traición, tenía el derecho de retirar su mandato. Si el pueblo mexicano se había equivocado, bien sencillo era aguantarse hasta la conclusión del período, como esperó treinta años a don Porfirio. Los maderistas, único grupo cívico de México, inscribían este evangelio en sus estandartes: "El voto es la palabra de honor". Hay verdades tan evidentes, que se injuria a la razón con pretender demostrarlas.

La doctrina de Wilson es un simple derecho de gentes: "no reconocer en América un gobierno que se eleva por el crimen y la traición". Una simple fórmula de paz. Cuando Wilson vio este precepto, podrá dudarse de su buena fé.

A raíz de los trágicos acontecimientos de febrero, un senador hizo en el Congreso Americano la siguiente declaración: "El caso de México nos impone una conducta determinada y enérgica. De ella depende la vida de varios presidentes del Sur. Si reconocemos el gobierno de hecho del general Huerta, las facciones asesinarán a sus presidentes, porque les habremos mostrado el camino más corto para apoderarse del gobierno".

Dos elementos tenía Wilson para juzgar la situación

en el punto de vista pan-americano: el elemento pueblo y el elemento gobierno. Sus agentes deben haberle dado cuenta de la ola de indignación que corrió por toda América. La sangrienta burla de los pretorianos al pueblo mexicano después de una incalificable traición, provocó en todos los corazones una verdadera explosión de cólera. En Buenos Aires, como en Rio Janeiro, como en Chicago, se consideraba a Huerta como el traidor, el asesino que había soprepujado a Judas, pues Judas no había sido designado por el Maestro como el primero de sus discípulos ni lo asesinó y Madero había puesto en manos de Huerta la espada del pueblo. (1) La opinión pública pan-americana era, pues, neta y compacta. ¿Qué razón había para que no la compartieran sus gobiernos? Aunque nó fuera más que por su interés personal, los gobernantes del Continente no podían ver con buenos ojos que se sentase semejante precedente tan contrario a la paz, a los principios y a la estabilidad de sus gobiernos. El venal esfuerzo de Ugarte no pudo cambiar en nada la opinión sud-americana.

Punto de vista sentimental. Ni Roosevelt ni Taft habrían detenídose seguramente en considerar los asuntos del Estado bajo este especial punto de vista; pero Woodrow Wilson es una personalidad fuertemente idealista. Un hombre que no pretende otra gloria que ser, como dice él mismo, "un maestro de escuela que sueña con la honradez entre los pueblos" y que afirma que "no servirá de instrumento a las ambiciones solapadas de maquiavelos mexicanos"; un hombre que orgulloso de su título de primer ciudadano de un gran pueblo, se enfrenta a los trusts en nombre de los intereses de las masas; un hombre, en fin, que por mil conceptos tiene que

(1) En verdad estricta, la comparación es injusta. Judas era un avaro, un traidor, mas no un asesino. Cuando supo que su maestro había sido condenado a muerte, arrojó en el acto su dinero lejos de sí y se ahorcó en seguida. Además, si Judas traicionó por avaricia, Huerta traicionó no sólo para adquirir poder, honores y riquezas, sino también para poder satisfacer sus instintos homicidas en la impunidad.

haber sentido tanta admiración por Madero, con quien tenía tantas afinidades, tanta semejanza, no podía experimentar por su asesino otro sentimiento que el de la más invencible repulsión. Tan franca es esa repulsión, tan alta la dignidad de este gran repúblico, que cuando tiene que referirse al Traidor, pasando por todos los usos protocolarios, lo llama simplemente: "Victoriano Huerta".

Para quien conoce esos usos, ¿puede concebirse mayor signo de desprecio, anatema más formidable? Así como el infortunado capitán Garmendia se rehusó en la Cámara a pronunciar el nombre de un provocador abofeteado, porque "hay nombres que manchan los labios", así Woodrow Wilson dice: tengo que referirme a este hombre, pero no lo llamaré presidente, ni general, ni "mister" siquiera. Lo designaré con el nombre fatídico, único que recogerá la historia y que es todo un símbolo: Victoriano Huerta.

¿Qué apoyo quedaba, pues, a los criminales de febrero? ¿Inglaterra? Al menor gesto agresivo de la vieja Albión, el Canadá sería absorbido por los yanquis con mucha mayor facilidad que pudiera serlo México. Además, los dos hermanos sajones se enseñan los dientes de vez en cuando, pero siempre se las han arreglado para encontrar, ambos, en cada cuestión que se suscita, su beneficio. Por grandes que sean sus intereses en México, las naciones europeas consideran a los Estados Unidos como el fiador, como el tutor nato de la República Mexicana. Si alguna intentare una acción aislada, el momento sería poco propicio, cuando todo el mundo sabe que cada una de las tres grandes potencias europeas se preocupa de atesorar oro para la guerra que se avecina y cuyo escenario no será otro, por cierto, que su propio continente....

Quedaba el Japón. Cuando el marioneta ese que jamás sacó su espada para defender a su tío, a su protector pero sí la sacó para ensangrentar a su país con el dineo sacado del cajón de los tenderos asturianos; cuan-

do el bufo "Héroe de la Ciudadela" guardó su sombrero montado y se puso la boina para encaminarse al Japón, sus pálidos partidarios exclamaron: Ahora sí! La alianza con el Jpón contra los americanos! Y mucho dinero! Y muchas armas! Se le permitiría al Japón invadir el territorio americano por los puertos del Pacífico. Se le garantizaría la neutralidad de la "marina" nacional....

Llegó su turno al infructuoso señor de la Barra. Mandaría muchos luses, o libras o marcos y si no, el Japón daría varios millones....

El Japón es la más pobre de las potencias. Este año no tiene ni cosechas ni pescados. Según los periódicos europeos, no se ha recolectado una milésima parte de la producción media y, además, han quedado despobladas las pescaderías por causas que ni las cartas ni los telegramas especifican. Un largo relato que contiene horribles detalles de abyección y de miseria, que pinta a los hombres matando para arrebatar un alimento que calme su hambre por unos instantes, otros que matan para comer en la cárcel, concluye así: "No es posible pintar tanta miseria; los detalles resumidos bastan para dar idea de ella y comprender cuán justificadas son las preocupaciones del gobierno del mikado y cuán infundados los temores de los yanquis, que suponían aquél en connivencia con los de Alemania y de Inglaterra para abrir una campaña que limite o anule la influencia de los norteamericanos en el Sur. Los nipones no pueden ocuparse de otra cosa que de remediar tan tremendas calamidades".

¿Cómo explicarse, pues, la obstinación de los traidores de Febrero? Su gobierno nació con un chancro en el corazón y no hay médico que lo cure. Saben que está condenado a muerte; saben que el país se arruina por instantes, y, sin embargo, persisten. Cada vez que su patrón abre la boca, cuando no es para ingerir coñac, es para decir: "Vamos bien: Carranza se agota, Villa lo desprestigia, tenemos dinero, mucho dinero" y luego bebe otro traguito. Estamos, podría decirse, como quien se

tira de un quinto piso, y al pasar por el segundo, le grita a la familia: "hasta aquí voy bien...." Y es verdad: van bien. Ellos caen sobre un colchón de.... billetes de banco. (1).

Porque no debéis juzgar a esos hombres con vuestra propia mentalidad. ¿Sabeis cual es, en el fondo, el secreto de su resistencia? Se saben aislados del exterior, se sienten odiados en el interior, todo lo ven, todo lo comprenden; pero saben también que están en su negocio y que cada día que pasa son los cien, los mil, los cien mil pesos que vienen o van a venir, el día del turno, a su bolsillo. Después, el destierro, pero ¿qué importa? En París no hay enchiladas, pero hay pan y.... las penas con pan son menos.

El que conozca la vida de Madero y no haya perdido toda facultad de admiración, de juicio crítico, tiene que reconocer que esta vida, toda entera, es una maravilla. No daré en lo sucesivo otra respuesta a todo ese mundo de ignorantes o resentidos que ultrajan su memoria. Su política fué quizá contraria a los intereses de los impacientes porque pudo haber retardado el triunfo de las ideas niveladoras. Esto, el tiempo lo dirá. Pero si tuvo errores,—¿quién no los tiene?—*Errare humanum est*, dijo el buen viejo Horacio.—Si tuvo errores, éstos no fueron contra la nación, sino contra sí mismo. Contra la con-

(1) El "pacto de la Ciudadela", que mejor debiera llamarse "pacto de la Embajada", es, hoy día, injustificable. He aquí una nota aparecida en "El Imparcial", 22 de Julio de 1914:

Posteriormente, las afirmaciones del Ministro don Ernesto Madero, fueron confirmadas por un cablegrama del Presidente Taft (16 de febrero), en el que se leen los párrafos siguientes:

"..... Su Excelencia ha sido mal informado respecto de la política de los Estados Unidos hacia México.—Su Excelencia debe estar advertido de que los informes que se dice han llegado a usted, relativos a que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas, han sido inexactos.—Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad a México, después de dos años de paciencia y buena voluntad".

Este cablegrama fué conocido por los señores senadores y por el Pueblo, el mismo día de su recepción, por haberse hecho circular profusamente en boletines impresos.

servación de su poder, jamás contra sus principios. Contra su interés terreno, jamás contra su gloria. Madero fué, ante todo, un lógico.

Las dos más fuertes personalidades de la América latina contemporánea son García Moreno, el Presidente-mártir del Ecuador y Madero, el Presidente-mártir de México. Los dos fueron rectos, los dos fueron inexorables. Su dogma, adverso. El autócrata inflexible, defensor de la religión, severo vengador del derecho cristiano, y el demócrata irreductible, defensor de los oprimidos y los humildes, enamorado de libertad y de justicia. El uno, absolutista, decretando: "Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malvados", lo que abría la puerta a todos los abusos, a todas las arbitrariedades. El otro, guardián de leyes, moderador de pasiones, conciliador de intereses, diciendo: "Libertad y garantías para todos, para los buenos y para los malos." El uno: Dios y Pio IX. El otro: Pueblo. Agricultores los dos, ricos los dos, como los dos igualmente nutridos de ascetismo, ebrios de certidumbre y espantosamente valerosos ambos. El uno, marchando recto a su misión divina: dándose el otro en cuerpo y alma a su misión humana. El soldado de la fé y el soldado de la ley. El hombre de Dios y el hombre del Derecho. Uno, arrojándose como un grupo de fieles al abordaje de los barcos rebeldes: otro, lanzándose a la insurrección después de haber agotado todos los recursos de la ley, después de haber sido puesto fuera de la ley —con las sienes encanecidas por la noche angustiosa cuando supo la muerte de Serdán— para ponerse a la cabeza de un puñado de valientes y arrostrar la muerte, la muerte oscura de los heroes mexicanos. El uno, feroz, tomando la política a lo trágico: el otro, sonriente y lleno de confianza: es una crisis de crecimiento". El paroxismo de la severidad: el vértigo de la indulgencia. En el uno, Médicis o Jiménez sin la perfidia: en el otro un Juan Jacobo cuya vida hubiera concordado con las doctrinas. El uno, creyéndose el enviado de Dios, justiciero sin misericordia: el otro,

delegado del pueblo, invocando los derechos del pueblo. El mismo fervor místico, la misma sinceridad intrínseca, la misma historia abundante en rasgos nobles y viriles. La misma lógica. ¡Pensadores del mundo, saludad estas nobles figuras de América! Ambas son dignas de la Historia.

Madero no confió nunca más que en el pueblo; aun cuando se mostró ingenuo con sus enemigos, fué porque sin ignorar la maldad de éstos, "esperaba" en el pueblo; Madero no dependió nunca de nadie y cuando se confió a alguien, jamás fué inconsecuente con sus principios idealmente humanos y comprendió el beneficio de las buenas influencias; Madero se aferró con toda su fuerza a sus más altos ideales y no se dejó seducir por objetos tan vulgares como la riqueza, la posición, la popularidad: Madero-Presidente fué Madero-Agricultor, Madero-Benefactor, Madero-Apóstol, Madero-Revolucionario: Madero fué siempre Madero. Madero hizo siempre consistir su valor en lo que era y no en lo que tenía, y lo que era se mostraba en lo que hacía. Madero no envidió a nadie ni se apuró nunca, ni se irritó nunca sino contra la injusticia. Madero sacó siempre, para sus fines, el mejor partido que las oportunidades le presentaron y empleó siempre provechosamente todos los momentos de su vida. Madero procuró rodearse de la gente más noble que pudo encontrar en una sociedad sin pudor cívico y gustó de vivir con los fuertes de espíritu. Madero estaba hecho para vivir solo, patriarcalmente, tal como lo conocí en San Pedro, pero sacrificó su ascetismo, sus gustos simples y tranquilos, a la felicidad de su país. Madero tenía el espíritu nutrido de las más sanas lecturas y creyó que la grandeza y el heroísmo del pasado podrían revivirse en el presente y se preparó a descubrir príncipes, profetas, apóstoles y héroes entre las personas que lo rodearon. Madero fué en la tierra lo que los buenos esperan ser en el cielo, su mismo "espiritismo" no tuvo otro origen. Madero cultivó amistades ideales y Pino

Suárez fué la más fuerte emanación de su voluntad inquebrantable. Madero reunió en su círculo íntimo a todos aquellos que tuvieron sed y hambre de verdad y de justicia, convencido de que mismo cielo no podía ser otra cosa que la intimidad de almas puras y nobles. Madero no rehuyó nunca a ningún acto útil o benévolo, por duro y doloroso que fuera y sabía que el valor de las acciones se mide por el espítu con que se hacen. Madero no se turbó nunca cuando sintió el desprecio de los aristócratas y los militares: se cercioró de que su camino era el recto y lo siguió imperturbablemente. Madero no se descorazonó nunca si mil planes fracasaban, le bastaba el convencimiento de que sus propósitos eran buenos. Madero practicó los ejercicios corporales y la equitación y la natación particularmente, con el ánimo de fortalecer su cuerpo y su espíritu; pero no se degradó en el "deportísimo" a la manera de los jóvenes de su clase, sino que consagró su vida a obras de energía, eliminando de ella todo pasatiempo frívolo. Madero no hizo nunca profesión de bondad, aun cuando era la bondad misma, al punto que ésta no era sino el efecto simple y natural de su carácter: por eso ante todo, antes aun que su inteligencia, cultivó su carácter. Cuando Madero erró, cuando lo comprendió, corrigió siempre su error con apresuramiento, sin detenerse en pesar los peligros y esta fué la mejor prueba de su nobleza: no dejar deudas morales. Madero prestó todo el apoyo y todo el auxilio que pudo a todo movimiento o institución establecidos en pro del bien. Madero no fué nunca sectario. Madero no llevó nunca carteles ni por dentro ni por fuera y fué *plenamente humano*. Madero no descansó hasta comprender el significado del mundo y el objeto de nuestra vida y redujo su mundo a un cosmos racional. Madero, antes de obrar, se preguntó siempre: ¿qué mandan la justicia y la nobleza? Y por eso murió en paz consigo mismo, *porque practicó durante toda su vida hasta el momento de su muerte, las veinte máximas del más sabio de los filósofos contemporáneos: Thomas Davidson.*

La heroica viuda del Maestro me escribe: "Su carta, que he leído con emoción y gratitud, me demuestra que la obra redentora que mi esposo inició y su buena fé para servir a su patria y a su pueblo, ha sido comprendida por todos los corazones honrados y que su memoria será bendita".

Me conmueve la carta de esta mártir y evoco un recuerdo que parece muy lejano... La conocí en San Pedro, recién casada, viviendo una vida suave, patriarcal, en compañía de un esposo adorado y tierno. No olvido la expresión dulcísima de sus ojos cuando le miraban. En el comedor de aquella modesta casita, yo, agente-viajero, le mostraba una lista de conservas alimenticias. Cuidadosa y deferente, con esa gracia tan especial de la mujer mexicana, consultaba al esposo que asentía sonriendo con enternecedora placidez. Y obtuve una orden insignificante, un pedido de esos que los viajeros llamamos "pedidos de deferencia," los que más estimamos no por la ganancia que no compensa el tiempo empleado en obtenerlos, sino por la buena gracia con que son hechos, porque se nos pide lo que no hace falta y sólo para estimular nuestro trabajo. Por la noche, en el hotel, mis compañeros se admiraron de aquel "pedido" pues "el matrimonio vivía con gran modestia y sólo comían legumbres". Alguien agregó: "es verdad, pero dan mucho a los pobres". Desde aquel momento, con un empeño que crecía a medida que la figura de aquel hombre se dibujaba en el horizonte con colores de más en más precisos, me puse a remover cielo y tierra interrogando a mis clientes, comerciantes, abogados, médicos, hacendados; llevando mis investigaciones hasta provocar las confidencias sinceras e ingenuas de sus empleados, de sus peones, del cargador que transportaba mis petacas, del mozo de estribo que me acompañaba por todas las fincas algodonerías de aquella riquísima región. El mismo Cheché Campos, comprador de los coñacs más caros, arrendatario de la finca "El Compás" perteneciente

a sus parientes los Luján y famosísimo más tarde por haberse revelado contra él, se expresó así: "No hay mejor amigo ni hombre más bueno ni mas virtuoso que Pancho Madero en toda la región". Mis visitas a la región lagunera, a Monterrey, a Parras, se sucedían hasta dos veces por año y por eso, cuando su elección a la Presidencia de la República estuvo asegurada, pude telegrafiar a mi hermano sintetizando mi convicción ya entusiasta, en los siguientes términos: "Vamos a ser gobernados por el mejor, el más honrado y el más puro de los mexicanos, hijo y esposo de santas".

Algunos años después de aquella primera entrevista, el Círculo de Dependientes de Orizaba ofreció una velada en honor del futuro Presidente, bajo el patrocinio del Gobernador Ailland. Como éste llegara tarde, el Apóstol-Libertador fué colocado entre su esposa y otra heroica mujer hoy miserable y olvidada, si nó perseguida: Carmen Serdán. Y dije a mi mujer que me acompañaba: "Fíjate en ese cuadro y retenlo en la memoria. El, el hombre, tenía negros y completos sus cabellos hace cuatro años: hoy, sus cabellos son escasos y son blancos algunos de los que cubren sus sienes. Ella, la mujer, no tenía una arruga en el semblante y una expresión de dicha, de paz, de lozanía irradiaba en su persona: hoy es una figura trágica, marchita y lamentable. Nadie diría que ese hombre y esa mujer van a Chapultepec, sino al cadalso."

Y entre la indiferencia estúpida de aquellos criollos que acogían a su libertador sin un viva porque les pareció inadecuado hacerlo en aquel salón, se elevó un grito, uno solo, el mío: ¡Viva Madero! porque comprendí, en medio de aquella multitud semi-elegante y anodina, toda la comunión de aquellas tres almas noblemente abnegadas, toda la concepción ideal que las lanzó al terrible esfuerzo, a la formidable aventura, juntas las manos como juntos los corazones; toda la grandiosidad de una visión trascendente; todo el dramático dolor ante aquel primer vislumbre de ingratitud; todo el vasto delirio de un

sueño realizado al fin... e incomprendido por la masa pantalonésca, insubstancial y estulta; porque comprendí en aquellas dos caras prematuramente envejecidas, el primer asomo del desengaño, como también comprendí, en medio de todo y a pesar de todo, el derrumbamiento de una civilización y el surgir laborioso de la nueva.

Acabo de conversar largamente con dos criollos metropolitanos... Ambos son funcionarios del gobierno de Huerta. Uno de ellos desempeña aquí en la Habana, una comisión permanente y el otro viene a acompañar a su suegro. Ambos abominan de Díaz, de Huerta, de Félix y de Madero principalmente. En cambio, no ocultan sus simpatías por... Villa (aquello de la cargada, Sr. Bulnes!; acabamos de recibir la noticia de la toma de Ojinaga) y se manifiestan de perfecto acuerdo en que Huerta se ha rodeado de la peor canalla existente en la República. Contaron horrores de la administración que los está pagando. No los transcribo aquí porque aunque los juzgo verosímiles, poca confianza me inspiran estos señores y no creo que me traigan nada nuevo para la Historia. Además, no me llamo Chucha. Como en una conversación de dos horas con criollos metropolitanos era imposible no hablar de Madero, salieron al sol los viejos clichés que tan exhuberante vida dieran a "El País", "El Mañana" y demás consortes. Cuando sacaron el de los setecientos mil, argüí tímidamente que si los gobiernos tienen un "fondo secreto", no veía porqué un Comité Revolucionario no había de tenerlo más legítimamente, en el supuesto de que en realidad don Gustavo o don Ernesto se hubieran rehusado a mostrar los comprobantes, circunstancia que nó me constaba en manera alguna, y añadiendo que la cantidad me parecía bien corta, si se tenía en cuenta el hecho de que una revolución nó se hace sin grandes gastos de dinero efectivo que nunca viene del cielo y que hay que reembolsar con el compromiso, quizá, de no revelar su procedencia. El pueblo

mexicano pagaba su libertad con setecientos mil pesos. A un señor alemán que nos acompañaba le pareció perfectamente justificado el argumento, apoyándose en que todo movimiento armado requiere una costosa preparación, sin contar con los gastos de guerra que son forzosamente un verdadero derroche. Agregó el señor alemán que si los proveedores financieros de la revolución arriesgaron "uno" en tan aventurada empresa, juzgaba muy legítimo y muy bien ganado que se les pagara "dos", admirándose de que don Gustavo Madero, cuya fama de negociante había llegado a hacerse legendaria en Cuba misma, hubiera pasado al gobierno de su hermano tan irrisoria cuenta de gastos que un elemental principio de honradez lo obligaba a guardar secreta. Si don Gustavo Madero hubiese revelado los nombres de los acreedores de la Revolución, Huerta los habría asesinado más tarde.

Como la reposada manera de razonar del extranjero fuera bastante convincente, aquellos débiles espíritus no tardaron en confesar su ex-maderismo, convertido más tarde en declarada aversión por la "canana", la "Porra", "Ojo Parado" y demás calamidades públicas. Ante la declaración de uno de ellos, de haber militado en el "Partido Constitucional Progresista" y aun pertenecido a un club del que también formaba parte el Licenciado Miguez Díaz Lombardo, le pregunté los motivos concretos de su separación, y en lugar del formal "yo acuso" que esperábamos después de una conversación tan vehemente, obtuve esta contestación pintoresca, expresada con visible turbación, con el desagrado del que siente su dedo cogido contra la puerta: "Pues no sé. Yo veía que aquello se estaba desmoronando..."

¿Existió la porra? Francamente, perdónenme ustedes— es tan difícil declararse contra las verdades "hechas"— pero yo lo dudo. Voy temiendo que Sánchez Santos le haya tomado el pelo a todo el pueblo criollo (el que

sabe leer y escribir). Mientras más me naban de ella, menos la veo... Hubo un momento en que la vimos en todas partes. Así como en crímenes se pregunta: ¿Dónde está la mujer? y en política internacional: ¿dónde está Inglaterra?, en México, en todo negocio sucio se preguntaba dónde está "La Porra" o esta sola variante que nos descansaba un poco de aquella monotonía: dónde está "Ojo Parado". Se acostaba usted con "La Porra" y se desayunaba con "Ojo Parado". En el aperitivo, "La Porra", en la sopa, "Ojo Parado". En la Bolsa Minera veía usted más "ojos parados" que cifras de cotizaciones. Iba usted a misa, pues el padre oficiante se lo decía en latín y cogía usted en repulsión aquél ojo solitario con que pintan a la Divina Providencia. Aquel símbolo del crimen estaba en todas partes, como el ojo de la conciencia en el gran verso de Victor Hugo. El compás de la "logia" evocaba un ángulo de aquel ojo de vidrio, pesadilla del pueblo criollo durante quince meses de tracas, corrupciones y venalidades de toda suerte. ¿Quería usted concesiones? Afiliarse a "La Porra" o asociarse a "Ojo Parado". Encontraba usted de improviso a un grande y buen amigo, le tocaba el hombro afectuosamente y el amigo iniciaba: Oj... Cada uno de los diez o veinte amigos con quienes diariamente tenía usted su puntita de conversación, era portador de una bella fábula, peinada y almidonada y se la espetaba a usted sin misericordia: ¿Sabe usted que "Ojo Parado" se robó La Sautena?—No—contestaba usted para probar que estaba mejor enterado—pero se está arreglando con Don Inigo.—También dicen que le está dando dinero a Zapata para quedarse con todas las fincas de Morelos.—No lo crea usted, es que quiere tirar a su hermano, pobre Panchito!

Para negar la existencia de "La Porra" o de "Ojo parado" se necesitaba un verdadero valor civil, pues aquella "Porra" que en un principio se limitaba a Pino Suárez, Gustavo Vasconcelos, Sánchez Azcona, Pani, Urueta, Rendón, Duque, Garza Perez, Cabrera, Bordes

Mangel, Samuel Vázquez, unos cuantos, se extendió más tarde a todos los maderistas convictos o confesos. Como mis opiniones eran conocidas, alguien me dijo una vez: "Oiga usted, yo sé que en "La Porra" se hacen buenos negocios, ¿no quisiera usted presentarme?...— Pero, amigo, interrumpí, si yo no soy de "La Porra". Yo soy comerciante y jamás he pertenecido a club, ni a partido ni a secta alguna. Y el hombre se alejó con cierto gesto entendido, como diciendo: "Qué vivos son estos de "La Porra", nó se descubren nunca."

Aquella obsesión tan general, tan compacta, llegó a inquietarme porque afectaba grandemente a mis negocios. Mis correrías de agente-viajero me ponen diariamente en forzada conversación con quince o veinte personas de todas las clases sociales, y sépanlo los señores gobiernos: nadie está en el mundo mejor enterado que el confesor y... el agente-viajero. El político (de provincia, principalmente) que se muestra reservado aun con sus amigos, el político perderá los estribos con el viajero porque éste, ave de paso, le presenta una modalidad nueva, un espíritu imparcial y desprovisto de compromisos y preocupaciones, una conversación libre, suelta, y cierta pericia profesional para captarse la simpatía y la confianza. El vasto y propicio campo de observación en que operamos, nos pone en mejor situación que el vigía en su faro, porque estamos lejos de todos y cerca de cada uno, pues sólo vemos su cara una vez al año y cada vez nos presentamos con la misma cortesía amable, fresca y sonriente. El agente de ciertos ramos, inteligente y caballero, jamás sorprende ni quiere enterarse de las intimidades domésticas, pues siempre sabrá estimar la simpática predilección de su cliente; pero estará siempre mejor enterado que el cura mismo—cuyo campo es demasiado local y circunscripto al elemento femenino— y en mejor posición para comprender los movimientos, las transformaciones, el estado, en fin, de la opinión pública, sus preferencias, y sobre todo, sus temores.

Durante la época del maderismo, no fué fácil empresa el indagarlo, pues sin embargo del generoso alarde de Urueta en plena Cámara, cada vez que lo preguntaba a alguno de ellos, se reía en mis barbas, dejándome, a mi vez, en el mismo estado de aquel que solicitaba mi ayuda para ingresar en la famosa mafia. El mismo Presidente me dijo: "Conque es usted porrista! No se enfade usted, así llaman a mis amigos." Intrigado, al fin, decidí afiliarme. Aunque la celosa libertad de mi carácter y la independencia de mi posición eran conocidas, también eran notorias mis ideas renovadoras y ciertos discretos méritos revolucionarios bastante apreciables. En mi propia mesa y en presencia de mi mujer, ocurri a Bassó (pobre gran amigo tan villanamente asesinado!) ocurri a Bassó frente a una linda botella de añejo vino. Y mi amigo me contestó con aquella risa franca y ronca de viejo marino: "También usted me viene con "la Porra". No insistí... En lugar de inscribirme en "la Porra" me mandaba a ella.

Más tarde, caído el régimen, he encontrado a muchos de los "porristas" más connotados, en Cua, en París, en New York, en Madrid. Y al menos que yo sea un topo viajero entre tantas personas inteligentes que pasándose la vida en la misma carpeta o en la misma banqueta, lo saben todo, confieso que nada conozco del famoso mito bautizado con tan singular mote por el más insignie de los mistificadores mexicanos.

He dicho que la política ideal de Madero, tan incomprendida por la masa criolla, fué una política de "cooperación de clases" y no de "lucha de clases". Madero fué consecuente con la transacción de Ciudad Juárez, impuesta por el deseo muy natural en civilizados de concluir con el derramamiento de sangre. (Esto, los revolucionarios "de ideales", como se iba al mismo fin aunque por distinto camino, lo aceptaron fácilmente. Los revolucionarios de ambiciones o de odios, no le perdonarán

jamás su hermosa política—única posible en aquel momento histórico—de cooperación de clases).

Pero no fué ésta la causa de su caída, por más que así lo afirmen muchos de sus partidarios y aún de sus familiares. A Madero no lo derrocó el criollo, ni el capitalista, ni el militar, ni el latifundista, ni el burócrata, ni el periodista, ni el cura; no lo derrocó Orozco, ni Reyes, ni Vázquez Gómez, ni Díaz, ni Salazar, ni el Arzobispo; Madero no cayó porque hubiera permitido a la señora Zárraga expresar sus opiniones en la calle, ni porque en Durango y Puebla hubiera ofrecido revisar las leyes de Reforma en un sentido más tolerante y más moderno; Madero no cayó porque hubiera expresado libremente su pensamiento a la manera de Wilson hoy día, ante estudiantes, militares o capitalistas; Madero no cayó por haber aceptado la colaboración de Magón, de Calero, llamados liberales, o de Lascurain, católico, pues esto se ve en todos los pueblos civilizados y aún en muchos se practica con abuso bajo el nombre de "política de rotativa", consistente en hacer pasar, sucesivamente, por el Gobierno, a los prohombres de todos los partidos y enriquecerlos; Madero no cayó porque el criollo sugestionado, hipnotizado por una prensa digna de él, le haya vuelto la espalda, ni porque el aristócrata jamás le haya dado otra cosa, pues no ignoraba el valor verdadero de la opinión "blanca" en México, personificada en el fofo, impotente y gelatinoso señor de la Barra, y por eso se apoyaba en el pueblo; Madero no cayó por no haber removido de un manazo el escalafón de empleos de la República, exponiéndose a miserables injusticias, ni por no haber repartido el presupuesto entre los mejores de sus amigos, como tampoco por haber privado de sus beneficios a los peores de sus enemigos; Madero no cayó por haber mantenido el Ejército Federal ni por haberlo reemplazado por el rural revolucionario, como no cayó por haber mejorado la suerte de los ferrocarrileros y obreros fabricantes, favoreciendo o por lo menos consintiendo sus huelgas, ni por haberse sentado en la mesa

de Inigo Noriega y Pimentel y Fagoaga; Madero no cayó por haber protegido la candidatura de su fiel Pino Suárez en perjuicio de la del discoloro Vázquez Gómez, pues habría sido el peor de los necios aceptando la candidatura de un peligroso correligionario; Madero no cayó por haber favorecido la creación del Partido Constitucional Progresista como tampoco cayó por haber consentido en la continuación del Católico; Madero no cayó por haber tenido dos parientes en su Ministerio, que le fueron leales hasta sus últimos instantes (1); Madero no cayó por no haber ejecutado a Reyes, a Díaz, a Orozco, a Pérez Castro, a Almazán o a Juan Banderas sin que un juez se lo ordenase; Madero no cayó por haber hostilizado a los extranjeros, ni porque los haya cubierto de favores; Madero no cayó por haberse mostrado dispendioso malgastando el tesoro público, ni por haber sido avarento, rehusándolo para el bien del pueblo o las exigencias de sus guerras defensivas; Madero no cayó por haber dado a Pierce lo que quitaba a Pearson, ni por haber dado a Pearson lo que quitaba a Pierce; Madero no cayó porque subiera en aeroplano ni porque cruzara la pierna en las ceremonias oficiales; ni porque fuera vejetariano, ni espiritista; (2) Madero no cayó por no haber metido

(1) Apelo a la conciencia de los hombres honrados. Por qué se habló tanto de "nepotismo"? POR ENVIDIA. Qué me importa a mí que el portero de Palacio, o el Gobernador, o el Magistrado sea primo del cuñado del compadre de la cocinera del Presidente? No creo que en el gobierno maderista haya habido más nepotismo que en cualquier otro; pero confieso que jamás me importó saberlo. Que se enseñe a los hombres a no vivir del presupuesto y lo que a mí no me importa, tampoco importará a nadie. Lo que me importa en todo caso, es que no se malgasten los fondos públicos con grangerías a parientes o a no-parientes. Sin embargo, en los países monárquicos, mucho menos infelices que nuestras flamantes "democracias", los parientes del soberano disfrutaban de gages, títulos y honores por el solo hecho de serlo, y si yo, simple comerciante, empleo a mi pariente, a mi compadre, a mi amigo, no sólo porque son tales, sino porque les tengo más confianza como tales, qué razón hay para que no los prefiera desempeñando cargos de responsabilidad pública e histórica?

(2) El más imperialmente majestuoso de los magnates, Guillermo II, ha subido en globo. Alfonso XIII, en Andalucía, se presenta en el terno típico del país, como Nicolás de Montenegro y el mismo Nicolás de Rusia, usan de preferencia los vestidos populares. En Europa, hasta las damas más encopetadas

en la cárcel a todos los calumniadores y criticones que en el periódico, en la tribuna, en el corrillo, se entretenían en mortificar no a él, sino a sus amigos. A Madero no lo tiró el hacendado Terrazas, ni el banquero Braniff, ni el militar Félix, ni el cura Mora, ni el político Moheño, ni el libelista Rábago, ni el condotiero Orozco, ni el gachupín Valdez o Saturnino que sufragó los gastos de las revoluciones felixistas. A MADERO LO DERRIBO LA BALA QUE VINO A HERIR EN SU PUESTO A LAURO VILLAR INUTILIZÁNDOLO PARA LA DEFENSA Y PONIENDO ESTA EN MANOS DE LA TRAICION CONFABULADA.

En noviembre de 1912, cierto abogado cuyo nombre no descubro, pero a quien seguramente no volveré a saludar, me contaba que entre todos los de "La Porra" no había una sola persona decente. Ante tan global afirmación, no pude menos que nombrar a Pino Suárez, pues tanto en Mérida como más tarde en México, se me había afirmado que el Vicepresidente era un hombre honorable y generoso. — ¡Pino Suárez honrado! ¡pero qué cándido eres! Pino Suárez... Mira, confidencialmente te voy a probar quien es Pino Suárez. Hace pocos días vino a consultarme cierto propietario de quien soy apoderado. El Ministro de Instrucción Pública lo había mandado llamar para cerrar la compra por el gobierno de una de sus casas que sería destinada a escuela. Como para concluir el trato en la suma de doscientos mil pesos, el ministro exigiera que la documentación fuese extendida por trescientos mil, mi cliente deseaba saber si en mi entender no había ningún peligro, pues la operación era para él

cruzan la pierna. Abstinente fué el gran Charcot, como espiritista Víctor Hugo. En una fiesta deportiva, he visto al Presidente Wilson tirar una pelota ante cien mil espectadores... pero es también verdad que la sencillez republicana de Taft, al presentarse en la línea fronteriza al General Díaz, sin oropeles ni actitudes, provocó la indignación de los grotescos pedantes que, con su amo como bajo palio, nos pusieron en ridículo ante aquellos hombres de razón y de juicio....